

vacilantes , los malos bien instruidos de su fuerza , se glorian del triunfo completo , y doblan su audacia y actividad. ¿No es esto lo que se ve? Constitúyese una nueva sociedad oculta en el seno mismo de la antigua , y muy pronto tal vez se transformará en sociedad pública. Reinará el mal : se ha dudado del orden , y se presará toda fe al crimen. Esto no es exagerar , y la experiencia lo prueba demasiado. Cuando vagan los espíritus , están inquietos , se forman creencias horribles en sus tinieblas , en su espanto ; ¿y no tenemos ya una Religion oculta que se revela por el asesinato?

El ateísmo tiene tambien la suya , tan fria como el orgullo , sin que por ello esté libre de fanatismo. Se tributan adoraciones á la razon humana , bajo el hombre de *ciencia* : la ciencia es para ciertos hombres el Dios del universo ; no hay mas fe que en este Dios , ni esperanza sino en él : su sabiduría y poder deben renovar

la tierra , y por la rapidez de sus progresos , elevar al hombre hasta un grado tal de felicidad y perfeccion , que no le es dado concebirlo. Desenvuélvese ya esta Religion , que tiene sus peculiares dogmas , misterios , profecias y aun milagros. Tambien tiene su culto , sacerdotes , misionos ; y se lisonjean sus sectarios de sustituirla en lugar de todas las otras.

Considerada la sociedad bajo un punto de vista mas general , es imposible no descubrir un principio de division , que se propaga por todas sus partes , y de consiguiente debe reconocerse existente una causa muy activa de su disolucion. Dos doctrinas se presentan en el mundo : una , que propende á unir los hombres , y otra , que trata de separarlos ; la primera conserva los individuos conduciéndolo todo á la sociedad , y la segunda que destruye la sociedad conduciéndolo todo al individuo *. Todo es general en aquella ;

* Fuera de la sociedad , el hombre no puede ni conservarse ni perpetuarse. Perpetuarse es conservarse siempre ; y el deseo de

autoridad, creencias, deberes; y no existiendo cada uno, sino para la sociedad, concurre á con-

perpetuarse, del mismo modo que el de perfeccionarse, no es mas que el deseo de vivir; porque ser mas perfecto es vivir mas; la perfeccion es el desarrollo, la extension completa de la vida.

El espíritu, el corazon, hasta los sentidos ó el cuerpo, en una palabra, todo lo que forma y constituye el hombre, desea naturalmente conservarse ó perpetuarse, porque naturalmente quiere vivir, y porque no está en su poder no querer vivir.

Mas en la separacion solitaria y contraria á la naturaleza en que la filosofía le pone, todos los esfuerzos que hace para conservarse caminan á destruirle. El hombre estando solo nada produce: la vida es un don del soberano Ser; las criaturas le transmiten, y nada mas. Transmitir es comunicar lo que se ha recibido. Recibir y dar, he aquí pues en lo que consiste la vida, y el medio que la conserva: luego no hay vida fuera de la sociedad; y la sociedad considerada en su existencia intelectual, se compone esencialmente de tres personas, la que recibe, aquella de quien ha recibido, y aquella á quien da ó transmite lo que ha recibido.

Todo cuanto hay en el hombre que tiene un modo de vida particular, el espíritu, el corazon, los sentidos ó el cuerpo, todo está sometido á esta ley universal de union y dependencia.

¿Qué sucede pues cuando el hombre está solo? El espíritu quiere vivir ó conservarse; vivir, para él, es conocerse ó poseer la verdad. Cuando la recibe, es pasivo; cuando la comunica ó transmite es activo; mas en estos dos estados, siempre es necesario que esté unido á un otro espíritu que obre sobre él, ó sobre el cual él obre. No pudiendo cuando está solo, ni recibir ni transmitir, y sin embargo queriendo vivir, prueba á multiplicarse ó crear en sí las personas sociales necesarias para conservar y per-

servar el orden, por medio de una obediencia constante de la razon, del corazon y los sentidos á

perpetuar la vida: trabajo inútil, esfuerzo estéril de un espíritu que, procurando fecundarse á sí mismo, quiere dar á luz sin haber concebido. Este género de depravacion, este vicio vergonzoso de la inteligencia la debilita, la consume, y conduce á una especie particular de idiotismo que se llama *ideología*.

Lo mismo sucede al corazon; quiere vivir; y vivir, para él, es amar ó unirse á otro ser. Cuando no tiene fuera de sí un objeto de amor ó término de su accion, obra sobre sí mismo; ¿y qué produce? Fantasmas vagos, así como el espíritu que está solo produce abstracciones quiméricas. El uno se alimenta con sueños, y el otro con ilusiones; ó mas bien prueban inútilmente á alimentarse. En su soledad y en sus deseos se atormenta el corazon para gozar de sí mismo. He aquí el amor de sí propio, ó el egoismo en su mas alto grado. Este género de depravacion, este vicio vergonzoso del corazon le debilita, le consume y conduce á una especie particular de idiotismo que se llama *melancolía*.

Un desorden semejante en el orden físico debilita, consume el cuerpo, degrada todas sus facultades, y conduce al idiotismo absoluto, que es la muerte de los sentidos, del corazon y de la inteligencia.

Es de notar que entre los antiguos, la ideología propiamente dicha, y la melancolía considerada como pasion, eran desconocidas, y que el vicio sensual que corresponde á estos vicios del espíritu y del corazon, era mucho menos comun que ha llegado á serlo en nuestros dias. El hombre no se separaba entonces de la familia y de la sociedad; no pretendia vivir solo. Pero muchas veces las opiniones y falsas instituciones estableciendo relaciones falsas entre las personas sociales, resultaba, tanto en el espíritu

una ley inviolable. Todo es particular en esta; no reconoce mas deberes que los intereses, y sus creencias son opiniones, y la independencia ocupa el lugar de la autoridad. Señor y árbitro cada uno de su razon, corazon y acciones, no reconoce mas ley que su voluntad, ni mas regla que sus deseos, ni otro freno que la fuerza. Cuando pues, la fuerza se debilita, comienza bien pronto la guerra; atácase todo lo existente, y la sociedad entera padece conflicto.

como en las costumbres, desórdenes análogos. Habia bajo este aspecto, entre los antiguos y los discípulos de nuestra filosofía moderna la diferencia que hay del error al *idiotismo*, que segun su etimología, designa el estado de un ser separado de la sociedad, ó que vive á parte, esto es, solo.

No nos cansaremos de repetir lo que en el prólogo del primer tomo, pág. xxvij, dijimos acerca del sentido que hoy se da comunmente á esta palabra *Filosofía*. El uso ha dado á los incrédulos el título de filósofos; mas al designar á aquellos con este nombre, no es el ánimo del autor, ni el nuestro desacreditar la filosofía verdadera, que es igualmente útil á la Religion que á la sociedad. Por quitar la máscara á los empíricos no se desacredita el arte de curar. Un sabio historiador y profundo político, testigo ocular de todos los desastres que causó la impiedad disfrazada con este honroso título de filosofía, dice: *Se ha convenido en dar el nombre de filosofismo al abuso de la filosofía, asi como el de*

Nadie se asusta de las consecuencias que deben seguirse de un estado semejante, y todos se tranquilizan diciendo, que siempre hubo en el mundo inquietudes y crímenes. No hay duda en esto, siempre hubo desórdenes entre los hombres, porque siempre hubo errores y pasiones; este es el interminable combate del mal contra el bien. Pero en otro tiempo se sabia lo que era el mal y lo que era el bien; mas en estos dias ya no se sabe nada, todo está en duda.

Aun los mas perversos, en otro tiempo se adherían solo á un mal particular, cuyo fructuoso resultado tenían á la vista, y por lo mismo el crimen era un medio, y nunca el fin. Se asesinaba

fanatismo al abuso de la Religion. Mas, como acusar la Religion de las desgracias incalculables causadas por el fanatismo, es el exceso de la sinrazon é injusticia, asi tampoco están libres de reconvencion aquellos cuyos vanos esfuerzos, con las miras de volvernos á las tinieblas del siglo doce, se dirigen sin cesar á confundir los trabajos de los filósofos con la absurda logomografía de algunos sofistas capciosos, tan enemigos de las ideas religiosas, como de las leyes, costumbres y gobiernos. (N. D. T.)

por vengarse, ó por codicia, pero nadie proscribia por sistema; y al asesinar, no se negaba la ley eterna que dice, *no matarás*. La depravacion de la voluntad tenia su razon muy raras veces en el entendimiento. Las palabras vicio y virtud tenian uno y un mismo sentido para todos. Habia un fundo comun de verdades reconocidas, de derechos declarados, y un órden general, que nadie pensaba poderse trastornar. Cuando se violaba parcialmente tal órden, se respetaba su totalidad. Se hacia la guerra al extremo de la frontera, y tal vez ocultamente contra ciertos individuos aislados; entonces los tribunales eran bastantes para defender el Estado, y á cada uno de sus miembros.

Ahora, rotos los vínculos sociales, el hombre está solo, la fe de la sociedad desapareció; los espíritus abandonados á sí mismos no saben á que atenerse, fluctuan á la ventura en mil contrarias direcciones. De aquí el desórden gene-

ral, y una espantosa inestabilidad de opiniones y de instituciones. Fastidiándose ya del error y de la verdad, desechan ambos igualmente. Se percibe al fondo del corazon un disgusto de la vida y un insaciable anhelo por la destruccion, junto con una incomodidad espantosa. Se manifiesta este anhelo por todas partes y por todas las clases. Ricos y pobres, pueblos, magnates, los reyes mismos, todos, cual si perseguidas se vieran por los siglos de que se apresuraron á renegar, se precipitan á un porvenir desconocido. Apresurados los gobiernos por hallar su fin, se alteran ellos mismos, no tanto tal vez, ni tan pronto como quieren, y como lo quiere la muchedumbre. Todavía se deja ver en lo presente algo de lo pasado, y esta sombra fugitiva los inquieta. No hay ya límites, ni barrera que los entendimientos no traspasen. No se sueña menos que revoluciones en cada Estado y en el mundo, ni menos que la total abolicion de

cuanto existe, sin pensar en lo que deberá substituirse, se quiere una nueva religion; pero no se sabe cual, una nueva forma de sociedad; pero no se sabe cual; una nueva legislacion, nuevas costumbres, pero no se sabe cuales. ¡Síntoma lastimoso que anuncia la pérdida total del sentido, y la extincion deplorable de la razon social! El absoluto aislamiento, resultado inmediato de la independenciam absoluta, por la que tanto se afanan los hombres de nuestro siglo, destruiria el género humano, destruyendo la fe, la verdad, el amor y las relaciones que constituyen la familia y el Estado. El mismo Dios, no es independiente en el sentido que suele aplicarse á esta palabra; está sometido á las leyes que derivan de su naturaleza, leyes que son perfectas como él é inmutables como él. No está solitario en la unidad de su ser, y desde luego que, alterando su nocion real, le representan los deistas eternamente solo, le bus-

ca inútilmente el ateo en esta vasta soledad.

Mucho menos todavía puede el hombre subsistir aislado ó solitario; probad á concebirle libre de toda dependencia, concebiréis la nada; porque fuera de la nada todo se encadena, todo se apoya mutuamente. Los espíritus así como los cuerpos no tienen mas vida que la que reciben con condicion de comunicarla. No hay un ser que no se deba á los otros seres, porque les debe todo lo que él es.

De estas relaciones recíprocas nace el órden, que se conserva por la autoridad y la obediencia. Pero cansado ya el orgullo de obedecer, no quiere reconocer la autoridad. El hombre dice: yo seré dueño y señor de mí mismo. No cree mas que en *sí*, no ama mas que á *sí*, todo lo refiere á *sí*, ¿y qué viene á ser esto mas que el trastorno de la sociedad? Porque esta consiste en la creencia de ciertas verdades por el testimonio general, en el amor de los demas, y en

el desprendimiento que produce este amor. *Sociedad* significa *union*, y donde todo se separa y hace individual, se encuentra desde luego cada uno en la imposibilidad de defenderse de todos, ó en la imposibilidad de existir: de lo que se sigue que el sacrificio de sí mismo, único principio del orden, es tambien el solo medio de conservacion.

Esto nos lleva á examinar bajo un nuevo aspecto las dos doctrinas, cuyos diversos efectos hemos expuesto. La una, como se habrá observado, no es mas que el Cristianismo ó la Religion tradicional, que no todos los pueblos conocen, ó no todos admiten en toda su extension; pero á la cual deben sin embargo lo que tienen verdadero, y por consiguiente útil, en sus religiones particulares. La otra es esta reunion de opiniones incoherentes que se ha llamado filosofia, y que con una inclinacion mas ó menos rápida van á perderse en el ateismo.

Harémos ver en otro lugar que cada creencia ú opinion produce un sentimiento que la es análogo. Sirva de ejemplo esta gran ley social: *Honrarás á tu padre y á tu madre.*¹ Admitido este precepto, de él resultan el respeto y amor á los padres, superiores, y al mismo Dios, *de quien toda paternidad trae su nombre*, dice S. Pablo.² De esta máxima: *Tú á nadie debes nada mas que á tí*, dimana por el contrario el amor exclusivo de sí mismo. Si se considera á los hombres en general ó en el todo, y no tal ó cual individuo, y en cada hombre el conjunto de acciones y no tal accion particular, no tiene excepcion la regla que acabamos de establecer.

No la hemos aplicado mas que á una sola ley; pero se aplica mucho mejor todavía á un sistema entero de doctrina; y como toda doctrina dimana de un principio general, del cual son conse-

¹ *Exod. XX, 12.*

² *Ex quo omnis paternitas in cælis et in terrâ nominatur.*
Epist. ad Eph. III, 14.

cuencias todas las demas, de ahí es que á este principio general corresponde siempre tambien un sentimiento general, que manifiesta el carácter de la doctrina.

La soberanía de Dios, razon suprema, es el principio general del Cristianismo; y de él resulta una obligacion general, que es una obediencia libre á Dios en primer lugar, y luego al poder ó autoridad política, y al poder ó autoridad doméstica por Dios. Mas, una obediencia *libre* es una obediencia de amor; es un sacrificio, y no hay sacrificio sin amor, luego el amor es el sentimiento general de los cristianos.

¿Qué vemos, en efecto, entré los hombres que adoran Jesucristo, que le adoran *en espíritu y en verdad*? ¿En qué se los conoce? ¿No es precisamente en este amor inmenso, universal, que patente á nuestra vista, cada dia nos inspira tantos nuevos afectos, y que produce tantas mara-

¹ JOAN., IV. 25.

villas? Amor á Dios, amor al gefe del Estado, amor *mas firme que el infierno y mas fuerte que la muerte*¹; amor al prójimo, siempre dispuesto á prodigar sus beneficios, en oficios buenos y consuelos, amor aun á los enemigos, que consiste, no en el olvido de las injurias, pues que no es el olvido virtud²; sino en una constante disposicion para perdonarlas; amor al orden, y de consiguiente, aversion á la licencia, y amor á la libertad, que consiste solamente en una plena conformidad con el orden; amor á las leyes, que mantienen este orden, amor á los magistrados, que hacen reinar las leyes; en una palabra, amor en el Estado, en la familia; amor á todos los hombres, civilizados ó salvages, hasta morir por salvarlos; amor sin reserva, y sin li-

¹ *Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulationis.* Cant. VIII, 6.

² *Among our crimes oblivion may be set.*

Entre los crímenes cuenta el olvido. *On the coronation of Charles II.* por Dryden.

mites, porque la perfeccion á que es llamado el hombre social, no los conoce.

Las doctrinas filosóficas, totalmente negativas, ó lo que es lo mismo totalmente destructivas, tienen por principio general la soberanía del hombre. El hombre que se declara soberano, se constituye solo por esto, en revolucion contra Dios, y contra todo poder, por Dios establecido: sí; quien se revoluciona aborrece; el odio pues viene á ser el sentimiento general que engendran las doctrinas filosóficas.

¡ Y quién podrá dudarlo despues de nuestra revolucion! ¿Qué ha pasado desde treinta años á esta parte? ¿qué percibimos aun? Las pasiones que se agitan, esos levantamientos, esos delitos nunca oidos, ¿no es esto el odio en todo lo que tiene de mas violento y mas atroz? Odio á Dios: se quisiera destruir no solo su religion, su culto, sino tambien en nombre; odio á los sacerdotes, á quienes se calumnia, se insulta, se oprime en

el ejercicio de sus funciones, y á quienes ciertos hombres esperan proscribir; odio á los reyes, á los nobles, á las instituciones establecidas; odio á toda autoridad, al orden, y por consecuencia amor á la licencia, y odio á la libertad, que no existe sino en el reinado de los deberes, cuando todos los derechos y en particular los del Ser supremo, están reconocidos y se respetan; odio á las leyes, que conservan la paz, reprimiendo las pasiones; odio á los magistrados, que defienden estas leyes; odio en el Estado, en la familia*; odio universal que se manifiesta por la rebelion, por el asesinato, y por un ardiente deseo de destruccion.

¿Cuál era la doctrina del mónstruo, que acaba

* Los crímenes domésticos, los parricidios, el asesinato de las mugeres por sus maridos, de estos por aquellas, los envenenamientos, han venido á ser casi tan comunes como lo era en otro tiempo el simple robo. Y el suicidio, este crimen del *hombre solo*, este horrible y último esfuerzo de un ser, que, despues de haberse separado de sus semejantes, quisiera separarse de sí mismo, ¿cuánto no se ha multiplicado de treinta años á esta parte?

de arrebatarse á la Francia un hijo, tal vez su última esperanza *? Este hombre, cuya *alma era el crimen mismo*, este hombre que queria *ir á dormir*, despues de haber derramado la sangre inocente, era un ateo **.

Resultan de los sentimientos que producen las dos doctrinas opuestas, dos géneros de sacrificios : el sacrificio de sí mismo por los otros, ó el sacrificio de amor; el de los otros á sí mismo, ó el sacrificio del odio. Pero el odio tiene diferentes grados; menos terrible donde subsiste la noción de la Divinidad, está contenido por cier-

* El duque de Berry, asesinado el 15 de febrero del año 1820 por Louvel. (Nota del Editor.)

** *Dios no es mas que una palabra: nunca vino á la tierra.* Este dicho es muy á propósito, bajo mas de un aspecto, para excitar profundas reflexiones. En el entendimiento de este miserable, la existencia de Dios se concretaba en su venida á la tierra. Segun él, Dios no habia venido, luego no existia. Tan cierto es que á los pueblos es necesario un Dios *en realidad presente*, un Dios que se haya manifestado de un modo sensible, que haya *vivido* entre los hombres, y *comerciado* con ellos. No hay deísmo para las naciones.

tos límites, porque se reconocen ciertos deberes. Con arreglo á esto, en las religiones paganas se sacrificaba el hombre individuo á la sociedad; en la religion filosófica se sacrifica la sociedad entera al individuo.

El sacrificio voluntario de cada hombre á todos los hombres, que constituye el orden perfecto, no se halla sino en la Religion cristiana, y este sacrificio es el de todo el hombre, sacrificio de sus opiniones ó de sus pensamientos particulares, sacrificio de sus inclinaciones ó de sus intereses particulares, sacrificio de su vida misma cuando el bien general lo requiere. Este es el fundamento de una sociedad durable, y la sociedad en Europa no renacerá, sino por la Religion. Por lo mismo el movimiento que arrastra hácia ella, es muy notorio en todos los que aun están adheridos al orden social, por principios de virtud y nobles sentimientos. Este movimiento crecerá de suerte, que por todas partes se formarán como

dos pueblos en el mismo pueblo, el uno que se sumergirá mas y mas en el mal, y el otro, de mas á mas elevándose al bien; y si persisten los gobiernos en procurar la salud, haciendo concesiones á lo que se llama las *luces del siglo*, es decir, á las opiniones y pasiones particulares, si rehusan aliarse sinceramente á la Religion y fundirla en todas las instituciones del Estado, caerá el mundo político en una horrible confusion, y no existirá ya otra sociedad que la Iglesia, porque no habrá en parte alguna autoridad, obediencia, verdad, amor ni espíritu de sacrificio sino en ella.

Y cuidado con no engañarse, la única religion que puede salvarnos no es esa vaga religion cristiana que nos ponderan algunos visionarios, sino la Religion católica, fuera de la cual el Cristianismo no es mas que un nombre vano. ¿De qué se trata? De reconstituir la sociedad política con el auxilio de la sociedad religiosa,

que consiste en la union de los espíritus por la obediencia á un mismo poder. « Las sociedades protestantes que no reconocen poder espiritual, autoridad viva que tenga derecho de ordenar la fe, de formar leyes obligatorias, sino que dejan á cada uno juez de lo que ha de creer y de lo que ha de obrar, no son por tanto una sociedad. Ellas colocan el espíritu en una independencia absoluta; y la Escritura abandonada á la interpretacion de la razon particular, variable en cada hombre, liga tan poco como la razon misma. Esto puede llamarse en punto de Religion el estado de la naturaleza, es decir, la ausencia de todo gobierno, de toda ley, de todo tribunal, de toda policia, y por consiguiente la destruccion de toda sociedad.

« La iglesia griega, si se puede dar este nombre comun á una multitud de iglesias independientes, la iglesia griega admite un poder, pero

« un poder particular, y aun confunde, especial-
 « mente en Rusia * el poder político con el poder
 « espiritual. Luego considerada bajo el primer
 « respecto no es mas que una sociedad particular
 « é imperfecta; y en quanto al segundo ni aun es
 « una sociedad espiritual: lo que es tan verda-
 « dero que la religion de los Rusos no podria
 « convenir á ningun otro pueblo, á no ser que
 « pasase bajo el dominio del mismo soberano.

« Se sigue, pues, que todas las comuniones
 « cristianas, griegas y protestantes, tienen en sí
 « mismas un principio de division, de desórden
 « y ruina. Sola la Religion católica forma una
 « sociedad, pues que solo en ella se encuentra
 « un verdadero poder, el derecho de mandar y
 « la obligacion de obedecer; sociedad una, por-
 « que este poder es uno; sociedad general, por

* *Du Pape*, tom. I, p. 91. Se encuentran en esta excelente obra de M. el conde de Maistre noticias, muy circunstanciadas y en extremo curiosas, acerca de la iglesia rusa.

« que este poder puramente espiritual se ex-
 « tiende á todos los tiempos y á todos los lugares,
 « y en todas partes es independiente del poder
 « político, como este tambien lo es en los térmi-
 « nos que lo circunscriben; sociedad inmutable,
 « porque no está sometida, ni á las voluntades,
 « ni á los pensamientos del hombre, y por que
 « en sus dogmas y preceptos es la ley eterna de
 « las inteligencias; y mientras que fuera de ella
 « todo varia, todo se altera, todo pasa, ella per-
 « manece inmóvil, y, reuniendo los pueblos mas
 « lejanos y mas diferentes en language, gobier-
 « no, usos y costumbres, los une por la misma
 « fe, el mismo culto, las mismas obligaciones, y
 « los perfecciona sin cesar, porque posee en sí
 « misma un principio infinito de perfeccion * . »
 Autoridad, amor, he aquí sus dos caracteres
 principales, y hoy mas que nunca, las dos mayo-

* *Réflexions sur l'état de l'Eglise, suivies de Mélanges religieux et philosophiques*, p. 435 et 438.

res necesidades de la sociedad. Luego defender la Religion católica es defender nuestras últimas esperanzas. Ella no acabará por que es inmortal; pero los errores contrarios pueden subsistir, propagarse, pueden destruir el género humano, y sabemos en efecto que lo han de destruir tarde ó temprano. Vive por la fe, y morirá cuando la fe debilitada esté cercana á apagarse .|

Unicamente para reanimarla y afirmarla escribimos; no tiene otro fin nuestra obra. ¿Qué nos han respondido? Nada por lo que toca á los ateos y deistas, solamente reconviniéndonos por que acusamos á estos de indiferencia, se nos ha acusado de ser intolerante, y esto con una violencia que la filosofia tolera y aun prescribe al parecer, cuando se trata de dar á un cristiano lecciones de dulzura.

En cuanto al primer punto es evidente que se

¹ Verumtamen Filius hominis veniens, putas inveniet fidem in terrá? Luc. XVIII, 8.

confunden dos cosas totalmente distintas. El sentido de la palabra *indiferencia* varia segun se aplica ó á las personas ó á las doctrinas. Unas veces designa un estado del alma, otras un juicio de la razon. La indiferencia en el primer sentido es sinónimo de indolencia ó descuido. Es un estado de caimiento ó flojedad que, apoderado de la voluntad, quita al hombre hasta el deseo de conocer la verdad que no puede ignorar sin peligro, y le deja como insensible á sus mayores intereses. El nada niega, ni tampoco afirma nada, se duerme, si inquietarse por saber si ha de despertar, ni lo que le sucederá en despertando. Hemos atacado ya este género de indiferencia en el capitulo II de la parte segunda del *Ensayo*, haciendo ver su insensatez; pero no hemos dicho en parte alguna que todos los deistas estén contagiados de esta modorra funesta. Ni aun el ateo dogmático es indiferente de este modo, porque está muy pagado de su doctrina, la defiende y